

Carta abierta al Círculo Rojo

Acaso ustedes desean algo más grande que «el modelo»

Federico González — Desarrollismo Inteligente del Siglo XXI

Señoras y señores:

Quizás ustedes todavía no lo sepan: soy candidato a presidente de la Nación en 2027. Soy Federico González, psicólogo, analista político y profesor universitario, y hace un año lancé mi candidatura con un proyecto: el Desarrollismo Inteligente del Siglo XXI. Les escribo con una sospecha, acaso fundada: ese proyecto se parece bastante a lo que ustedes desean.

Un actor privilegiado

Se suele hablar del Círculo Rojo como de una entidad difusa, casi mitológica. Más allá de las semánticas, convengamos en que designa a los factores de poder real. No todos son empresarios, pero el empresariado es su actor privilegiado. A él me dirijo.

Una fórmula elocuente

En los últimos meses ganó espacio la fórmula *mileísmo sin Milei*. Una conjetura razonable: expresa una doble aspiración, tomar distancia de ciertos modos y preservar «el modelo». Las fórmulas que nacen antes de

haber sido del todo reflexionadas suelen esconder una verdad que espera ser desplegada. Intentémoslo.

El modelo realmente existente tiene ganadores nítidos: petróleo y gas, minería, agro exportador, finanzas. Sectores valiosos, que conviene celebrar sin complejos. Pero ninguno alcanza, por sí solo, para sostener a más de cuarenta y seis millones de personas, mientras la industria trabaja con capacidad ociosa y el mercado interno se achica. Cuando decimos «el modelo», quizás estemos nombrando otra cosa.

Lo que se teme

A veces se tiene más claro lo que no se quiere que lo que se quiere. El Estado que desconfiaba de la ganancia y repartía una torta que nadie horneaba es un pasado al que muchos no querrían volver. Es razonable. Pero el temor a un horror pasado proyecta una sombra: oscurece lo que realmente se desea.

Sigmund Freud, el padre del psicoanálisis, llamó *formación de compromiso* a las expresiones donde conviven lo que se desea y lo que se teme: dicen la verdad, pero a medias. Tal vez *mileísmo sin Milei* sea eso: una síntesis sesgada entre lo que se querría y lo que se teme. Jacques Lacan, el psicoanalista francés que releyó a Freud con mayor audacia, agregaría que la *demanda* —lo que pedimos con palabras— nunca termina de nombrar el *deseo*, que siempre la excede.

Despejada la sombra, el deseo aparece: un país donde el capital se multiplique sin sobresaltos y donde invertir a veinte años sea una decisión sensata, no un acto de fe. Pero eso no se llama mileísmo. Se llama capitalismo.

> ***“Pero eso no se llama mileísmo. Se llama capitalismo.”***

Talismanes

La estabilidad, el equilibrio fiscal y las cuentas ordenadas son conquistas valiosas, y no propongo resignarlas. Pero en esta época cumplen otra función: son talismanes. Y el talismán pertenece al orden del pensamiento mágico: uno se aferra a él como al crucifijo frente a Drácula, no porque

explique, sino porque protege. Suelo resumirlo con una cita bíblica: «Buscad el equilibrio fiscal, y todo lo demás se os dará por añadidura».

Ese pensamiento mágico no es el capitalismo. El capitalismo necesita terreno fértil y, sobre él, asume el riesgo de la creación, que es el riesgo de la vida. John Maynard Keynes —el economista británico del que más de un liberal ortodoxo descree, y no siempre sin razones— acertó al menos en esto: lo llamó *espíritus animales*: el impulso espontáneo a actuar antes que a quedarse quieto, que ningún cálculo explica del todo. Joseph Schumpeter, el economista austríaco que entendió claramente la naturaleza del sistema, fue más lejos: el capitalismo es, por esencia, cambio, y nunca puede ser estacionario. Convertir sus emblemas en amuletos es defender un statu quo antagónico a su esencia. Un capitalismo que sólo se protege ya empezó a dejar de serlo.

> ***"Un capitalismo que sólo se protege ya empezó a dejar de serlo."***

Una imagen médica: la estabilidad lograda es la del paciente estabilizado. Signos vitales impecables; sin embargo, no se levanta de la cama. Llamaría a esto *capitalismo de signos vitales*. La etapa que viene no consiste en mantenerlo conectado, sino en darle el alta y que eche a correr. No con magia bíblica —no alcanza con decir «Lázaro, levántate y anda»—, sino con ciencia y método. Si activamos el nodo que traba el sistema, comenzará a girar. Si además conectamos los demás nodos entre sí, girará más rápido y en varias dimensiones a la vez: la rueda noble de un capitalismo virtuoso.

Ganar no es pecado

Digámoslo con todas las letras: querer ganar dinero no es un pecado. En la cadena de medios y fines, la ganancia puede ser ambas cosas. Su rol de medio lo relevó con claridad Adam Smith en *La riqueza de las naciones*: no esperamos nuestra cena de la benevolencia del carnicero, el cervecero o el panadero, sino de su propio interés. Fin para quien la persigue, medio para la sociedad que la recibe: la misma moneda, con dos caras. Pero me atrevo a más: también como fin —¿por qué no?— la ganancia puede ser loable, y no sólo por lo que produce en otros. Friedrich Hayek, el economista austríaco que más seduce a Milei, enseñó que el precio es una señal que

condensa información dispersa; la ganancia es otra señal, y más íntima: certifica que alguien creó algo que otros valoraron lo suficiente como para pagar por ello. Por eso no hay que confundirla con la codicia. La codicia quiere tener sin hacer; la ganancia legítima exige hacer para tener: arriesgar, idear, perseverar, servir. Lo loable, en rigor, no es el dinero, sino lo que hay que llegar a ser para ganarlo honestamente. Una sociedad que sospecha de la ganancia termina sin ganancia de la cual sospechar.

> ***“Lo loable, en rigor, no es el dinero, sino lo que hay que llegar a ser para ganarlo honestamente.”***

La sombra del pasado trae, además, una falsa dicotomía: para que algunos ganen, otros deben sufrir. De un lado, eficiencia sin sensibilidad; del otro, sensibilidad convertida en culpa, y culpa en despojo. Es, por lo menos, un malentendido. El propio Smith lo desarmó: su primer libro, *La teoría de los sentimientos morales*, empieza afirmando que, por egoísta que se suponga al hombre, algo en su naturaleza lo lleva a interesarse por la suerte de los otros. El padre del capitalismo no veía contradicción entre el interés propio y la sensibilidad.

El desafío del desarrollismo es hacer las dos cosas a la vez. Una *utopía realista*, si se me permite el oxímoron: algo así como un Quijote que no pierde de vista el sentido común de Sancho; el ideal que no se resigna, con los pies sobre la tierra. La vieja máxima hermética —como es arriba, es abajo; como en la parte, en el todo— no encierra aquí misterio: es sentido común. Si las partes se despliegan, el todo crece, y un todo mayor devuelve a cada parte más de lo que recibió. Como reza la conocida figura: si agrandamos la torta, vivimos todos mejor. Se trata de ganar más creciendo con el país, no a pesar de él.

Perseverar en el ser

Borges evocaba a Spinoza: todas las cosas quieren perseverar en su ser; la piedra quiere ser piedra, y el tigre, un tigre. Para una empresa, perseverar es crecer. Los puristas distinguen crecimiento de desarrollo; no hace falta esa hermenéutica. Quien conduce una empresa quiere lo que Nietzsche condensó en una máxima: llega a ser lo que eres. Y, en su espíritu, algo

más: llega a ser lo que podrías ser. Y más cerca nuestro, el Padre de la Patria —a quien se le atribuye la sentencia— lo dijo a su modo: serás lo que debas ser, o no serás nada.

Espíritu fundador

Platón imaginó en el *Timeo* un demiurgo: un artesano que no crea de la nada, sino que ordena el caos y le da forma. El empresario se le parece: toma capital disperso, talento ocioso, una necesidad sin respuesta, y los convierte en orden productivo. Quizás a veces sea algo más, un creador que saca un proyecto de donde no había nada. Dejemos abierta la discusión.

La Argentina conoce esa estirpe. Alberdi sentenció que gobernar es poblar, y hubo empresarios que lo tomaron al pie de la letra. Carlos Casado del Alisal, un empresario español afincado en Rosario, fundó en 1870 la colonia Candelaria, origen de Casilda, de donde partió en 1878 el primer embarque de trigo argentino a Europa. Eduardo Casey, nacido en Lobos e hijo de inmigrantes irlandeses, fundó en 1884 Venado Tuerto. Ernesto Tornquist, porteño, banquero e industrial, fundó en 1883 el pueblo que lleva su nombre, al pie de las sierras del sur bonaerense. No fundaban sólo empresas: fundaban pueblos. Lo que vale para una empresa vale para un país: también una nación quiere llegar a ser lo que podría ser.

> ***“No fundaban sólo empresas: fundaban pueblos.”***

Más capitalista

A modo de provocación operativa, como diría Edward de Bono, el pensador maltés que hizo de la creatividad un método, sentenciaré: soy más capitalista que quienes hoy se proclaman sus guardianes. O, como suele decirse, más papista que el Papa. Mi capitalismo no es el de la estabilidad sacralizada —tan necesaria como insuficiente— sino el de la producción desatada. Lo diré sin rodeos: creo interpretarlos bien. Y me atrevería a más: creo interpretarlos mejor que nadie. Mi proyecto es el capitalismo que ustedes quieren y todavía no terminan de decir: el capitalismo de la concreción —el que convierte proyectos en realidades— y de la autorrealización. Personal, empresarial, colectiva, argentina. Cervantes lo

dejó dicho por boca de su hidalgo: cada uno es artífice de su ventura. También los pueblos. Con el Desarrollismo Inteligente habrá más capitalismo, no menos. No menos. Y lo firmo con la vehemencia de estos versos de canción popular: “Y se los juro. Les aseguro”.

> ***“Con el Desarrollismo Inteligente habrá más capitalismo, no menos.”***

Un *capitalismo en tres dimensiones*: más capitalistas, más ganancia por capital invertido, más mercados conquistados. Simple y difícil. Difícil y simple. Pero necesario. Hay que hacerlo, empezando ahora y acelerando el tiempo.

Arturo Frondizi y Rogelio Frigerio lo entendieron hace más de sesenta años: acero, petróleo, química, autos. El Desarrollismo Inteligente lleva esa intuición a la frontera de hoy: conocimiento, biotecnología, software, energía con valor agregado, industria inteligente. Confieso mi obsesión geométrica. Me inspiro en el triángulo de Jorge Sábato —Estado, estructura productiva e infraestructura científico-tecnológica— y lo despliego en una pirámide de base hexagonal: ciencia y tecnología, empresa e industria, educación, emprendedores, financiamiento y trabajo, con un Estado en la cúspide que articula, no que asfixia: ni ausente ni dueño, sinérgico, como el que algunas mesas empresarias ya reclaman para las áreas estratégicas. De esa base nacen las revoluciones que propongo: educativa, científico-tecnológica, emprendedora, empresarial e industrial, y del trabajo.

Burguesía global

A Carlos Pellegrini, el presidente que fundó el Banco de la Nación, se le atribuye una sentencia vigente: sin industria no hay nación. El peronismo soñó con una burguesía nacional protegida detrás de una muralla. Hoy podemos soñar algo más grande: una *burguesía nacional global*. Empresas nacidas aquí que convierten el limón tucumano en aceites esenciales para la perfumería del mundo, que fabrican tubos de acero en Campana y los venden en Houston, que programan en Córdoba y facturan en California, que crean en Rosario semillas resistentes a la sequía, que diseñan en Bariloche satélites y reactores para exportar. Esa Argentina existe y tiene

protagonistas con nombre y apellido. ¿Por qué son unos cientos y no decenas de miles?

Y hay algo más audaz todavía: las empresas que aún no existen, porque tampoco existe la industria que van a fundar. La que no se conforme con extraer el litio del Norte y fabrique aquí las baterías. La que rastree con blockchain cada captura del Mar Argentino, de la red al plato, y le venda al mundo no sólo calamar sino certeza. La que haga del mar austral un laboratorio de biotecnología para alimentos y fármacos. No se trata solamente de competir en industrias que otros inventaron. Se trata de animarnos a ser pioneros: científicos, tecnólogos y empresarios que funden las nuestras.

Alguien podría objetar: ¿y quién se lo impide hoy a los empresarios? Nadie. Pero ninguna empresa, por grande que sea, funda sola una industria que todavía no existe. Hace falta la sinergia de la pirámide: una ciencia y una tecnología que miren a la empresa y no sólo al paper, un sistema educativo que forme a quienes van a crearla, y un Estado que apalanque el riesgo inicial que ningún privado puede asumir en soledad. Así como propongo formar un ejército de emprendedores, propongo también un ejército de científicos y tecnólogos dedicados a detectar oportunidades. Porque la gran riqueza argentina no está sólo en sus recursos: está, sobre todo, en su talento. Y el talento aplicado a agregar valor a esos recursos es la materia prima de las industrias que todavía nos faltan.

> ***“La gran riqueza argentina no está sólo en sus recursos: está, sobre todo, en su talento.”***

Un para qué

Hasta aquí, el deseo y su legitimidad. Ahora, una reflexión final. Como ya dijimos, ganar dinero puede ser un fin en sí mismo. Puede ser un fin legítimo. Puede ser, incluso, un fin loable. Pero que algo sea un fin no lo saca de la cadena de medios y fines. En ella, todo eslabón intermedio es, a la vez, medio y fin: la ganancia sirve a la empresa; la empresa, a la concreción de un proyecto; la concreción, a la autorrealización de quien lo emprende. Son fines próximos, y conviven con otros, independientes, en el

mismo plano. Toda cadena, sin embargo, pide un fin último, el único que ya no es medio de nada: el fin del fin. A ese fin último lo llamo el para qué. Peter Drucker, el padre del management moderno, sostenía que la ganancia no es la razón de ser de una empresa, sino la prueba de su validez. Jean-Paul Sartre, el filósofo existencialista francés, iba más al fondo: el ser humano es, ante todo, un proyecto; es lo que hace de sí mismo. Las naciones también. Y el empresariado nacional es un capítulo decisivo del proyecto argentino: un organismo dentro de un organismo mayor, cuya salud depende del conjunto y, a la vez, lo alimenta.

Viktor Frankl, el psiquiatra vienés que sobrevivió a Auschwitz y fundó la logoterapia, escribió *La presencia ignorada de Dios*. Parafraseándolo, sospecho que en el empresariado argentino habita la *presencia ignorada de una vocación de grandeza*: la que explica por qué alguien levanta una fábrica en plena crisis o sale a competir al mundo cuando todo aconseja refugiarse. Frankl advertía, además, que la autorrealización no se alcanza persiguiéndola de frente: llega como efecto de entregarse a algo que nos trasciende, una obra o una causa. Por eso el fin último no anula los fines próximos; los corona. Frankl solía evocar una idea de Nietzsche que traduzco a mi modo: quien tiene un para qué puede soportar casi cualquier cómo. Acaso a la Argentina le hayan sobrado cómo y faltado para qué. Ese para qué, el fin último, la utopía que nos convoca, tiene nombre: *capitalismo con propósito*. La ganancia como medio de una obra; la obra como la forma más alta de la ganancia.

> ***“La ganancia como medio de una obra; la obra como la forma más alta de la ganancia.”***

Melodías conocidas

Los trascendidos sobre las preferencias del Círculo Rojo corren a la orden del día. Algunos nombres son conocidos; otros se adivinan. Los invito a que reflexionemos juntos y a que, juntos, nos pongamos la mano en el corazón para preguntarnos: ¿cuáles de esas figuras traen la sustancia de lo que aquí venimos diciendo, y cuáles traen más de lo mismo?

En algunos casos, tal vez, sean melodías que ya escuchamos: otro tono, otros arreglos, la misma partitura. Hay quienes tocan de oído, recitan viejas fórmulas con pretensión de plan y de receta, y se ofrecen a administrar con prolijidad lo que ya existe. No todos, seguramente. Entre esos nombres puede haber quien traiga convicciones propias y sustancia genuina, y ojalá así sea: la Argentina no anda sobrada de convicciones como para desperdiciar ninguna. El tiempo y los hechos lo dirán. Pero el momento pide algo más que prolijidad. Quizás la diferencia sea esa: haber escuchado, debajo de la demanda, el deseo. Y estar dispuesto a tomar el toro por las astas para avanzar hacia un *capitalismo noble*.

Acá estoy

En estos tiempos parece buscarse un candidato que garantice el modelo. Pero no buscamos el garante de un modelo, sino el catalizador de un capitalismo: alguien que no custodie lo ya hecho, sino que se anime a hacer lo que falta. Tal vez no se diga en público. Pero intuyo que es lo que se piensa en la intimidad de muchos directorios, cada vez que se mira un plan a diez años y uno se pregunta qué país lo estará esperando.

> ***“No buscamos el garante de un modelo, sino el catalizador de un capitalismo.”***

No traigo sólo ideas. Traigo el compromiso de llevarlas a cabo y la convicción de quien les dedicó buena parte de su vida. Tampoco pretendo que me crean por lo que digo de mí mismo. Como en las viejas ferias: pasen y vean. Pasen y evalúen. Juzguen ustedes si aquí hay sustancia.

Hay en esta empresa, lo admito, algo de quijotesco: salir a los caminos a pelear contra lo que otros dan por inmutable. Pero los molinos que me propongo enfrentar son bien reales —el estancamiento, la resignación, la sospecha sobre la ganancia— y, a diferencia del hidalgo, no salgo solo: salgo a buscar compañía.

No les pido adhesión. Les propongo una conversación. Levanto la mano y digo: acá estoy. Soy la opción auténticamente capitalista de la Argentina que viene: la de un capitalismo que sabe para qué quiere crecer.

El modelo que hoy se defiende ordena las cuentas. El que les propongo construir juntos aspira a algo más: que las cuentas, por fin, tengan algo que contar.

Federico González
Desarrollismo Inteligente del Siglo XXI
Buenos Aires, noviembre de 2026

NUESTRO PROYECTO PAÍS

Desarrollismo Inteligente del Siglo XXI

Un proyecto para la Argentina futura

Federico González · Gustavo Reija · Lucas Arias — Nexus 21 Ediciones, 2026

Edición Kindle (Amazon).....amazon.com/dp/B0H1HDQZ2Y
Descarga gratuita del libro (PDF).....Google Drive
Artículos.....federico531.substack.com
Campaña.....federicogonzalezpresidente.org · fedegonzalez27.com